

gos como debe de haber estado ayer ante sus superiores.

Esta tranquilidad, esta confianza, esta alegría puede decirse, me hacen pensar en el primer convoy de prisioneros que vi hace tres meses en Orleans. Las llanuras de Lovaina iluminaban entonces lo que se llama el teatro de la guerra, y los detalles de las atrocidades volaban de boca en boca a través del mundo. Todo era mutilaciones, torturas, fusilamientos, crueldades. Para contestar a los que hablaban de los mártires de Lieja, el canciller Bethmann Holwell acusaba a los belgas y a sus aliados de sacarles los ojos a los heridos enemigos. Un velo de sangre envolvía la gran tragedia, ocultando los actos heroicos y no dejando ver sino las escenas salvajes. Los alemanes, mal informados por sus jefes, creían que los franceses fusilaban irremisiblemente a sus cautivos.

Los que yo vi, estaban encerrados en uno de los salones de la estación de Aubrais. Cuando el médico militar que me acompañaba en mi visita abrió la puerta, todos se pusieron de pie, y pudimos ver, en la plena luz del estío, sus rostros lívidos, sus labios crispados, sus ojos inquietos. ¡Oh, el terrible, el lamentable espectáculo! En un ángulo, un mozo rubio tenía en la diestra una taza llena de café, y el temblor de su brazo era tal, que el líquido caía gota a gota, a sus pies, sin que el infeliz lo notara. Otro muchacho, muy flaco, muy andrajoso, parecía balbuciar algo como unas preces, y a cada instante llevábase la mano al pecho con un ademán automático. Pero en medio de su gran miseria moral, aquel núcleo, animado por el sentimiento de su dignidad militar, demostraba una fuerza de alma admirable. Hasta los más jóvenes, casi niños, aun imberbes, hacían esfuerzos sobrehumanos por mantenerse erguidos ante el peligro ilusorio que los amenazaba y por dominar sus temores instintivos.

—¿De dónde venis?—preguntóles, en alemán, el médico francés.

Un sargento dió un paso hacia adelante, saludando, y contestó:

—De Guisa.

—¿Os falta algo?

El sargento hizo un gesto vago, cual si quisiera indicar que, en su caso desesperado, las pequeñas comodidades de la vida tenían poca importancia. Los demás no se atrevieron a abrir los labios, impresionados por los cuatro galones de oro de mi guía. Uno de ellos, sin embargo, hace signos de querer decir algo. Nos acercamos a él, interrogándolo particularmente, y oímos con pena y con espanto las palabras siguientes:

—Antes de morir, querría escribir a mi madre...

¡Morir!... Era la idea fija. Cuando los soldados franceses penetraban, llevándoles la sopa, el café, el agua, lo primero que les preguntaban era:

—¿*Caput*?

*Caput*, en lenguaje de guerreros germánicos, es la más feroz de las amenazas, la más triste de las obsesiones.

—¿*Caput*!...—exclaman cuando penetran en una aldea y quieren terrorizar.

—¿*Caput*?—interrogan, pálidos, si son capturados.

El médico se echó a reír, y dirigiéndose a todos en alta voz, explicóles que los franceses no matan nunca a sus prisioneros, sino que, por el contrario, los cuidan si están heridos, los alojan y los alimentan bien, si están sanos.

—¿Tenéis que quejaros de algo hasta ahora?

—No..., hasta ahora no... Pero...

No había medio de tranquilizarlos por completo. Sus oficiales habíanles asegurado que en Francia los cautivos eran fusilados, y ellos no podían dudar de la palabra de sus jefes.

—Y en Alemania—dijo al fin mi guía, poniéndose de mal humor ante aquella humillante terquedad—, ¿se fusila a los prisioneros?

—No... Allá no..., no es lo mismo...

Una llama de orgullo iluminó las pupilas verdes del sargento, dejando ver el orgullo terrible de la raza. No cabía duda: para aquel hombre, como para los catedráticos de Berlín, los germanos forman un pueblo elegido, un pueblo de cultura superior.

—Así son todos—concluyó el médico, un alsaciano que había estudiado en Estrasburgo.

Y sacando del bolsillo una tarjeta, escribió en ella con magnífica letra gótica: «No tenéis nada que temer; seréis tratados con humanidad; vuestra vida es sagrada para la nación francesa.»

Cuando el sargento hubo leído, su cara se iluminó. De mano en mano, el cartoncillo iba pasando y su lectura operaba en todas las almas el mismo milagro resurrector.

—*No caput... no caput...*—repetían los más ingenios.

De los ojos de algunos de ellos, dos lágrimas rodaron.

Hoy, afortunadamente, ya no hay soldado alemán que tema, al caer en poder de sus enemigos, las dos balas del piquete siniestro. Las cartas que la Cruz Roja de Ginebra se encarga de hacer llegar a los hogares tudescos, llevan noticias tranquilizadoras. «Estamos bien, nos tratan bien, nos dan bien de comer», declaran todos. La cuestión de los alimentos es una de las que más preocupan a esos hombres golosos por naturaleza. Los franceses se ríen al ver el apetito voraz con que hasta los oficiales de aspecto aristocrático rinden honores a las suculentas sopas y a los abundantes cocidos. «Las únicas disputas que hemos notado en los campamentos—escribe un capitán de Cholet—son provocadas por robos de golosinas.» Fuera de esto, no hay, en gene-

ral, queja ninguna contra los pobres soldados, que, una vez sin armas, se muestran sumisos y dulces como corderos. «Si se exceptúa la libertad—agrega el mismo capitán—, los alemanes prisioneros llevan una vida igual a la que llevaban en sus guarniciones en tiempo de paz. Se les hace mandar por sus propios sargentos, que mantienen la disciplina y que les distribuyen los quehaceres de cuartel. Muy a menudo los veo sentados en el suelo, pelando patatas y zanahorias para el puchero, y lo único que me choca es no oír las bromas con las cuales nuestros *troupiers* franceses sazonan sus monótonos trabajos. Son silenciosos y lentos, y parecen grandes niños algo inconscientes. Se les sirve el mismo *menú* que a nuestros soldados: sopa y guisado con pan y agua clara; comida copiosa, pero vulgar, que ellos encuentran exquisita hasta el punto de chuparse los dedos. A los que están débiles se les da vino, y entonces hay que ver los ojos de codicia que los demás abren y las astucias que inventan para participar de tan gran favor.»

Pero si el soldado es un niño algo inconsciente, el oficial, en cambio, es un semidiós terriblemente consciente de su superioridad, mejor dicho, de su superhumanidad. Todos hemos visto, en las estaciones, cuando pasan los trenes de prisioneros, el orgullo, la altanería, la *morgue* helada y feroz que reina en los coches de primera clase. Desde el más humilde teniente recién salido de la Academia hasta el general encanecido bajo el casco, todos, mecánicamente, fatalmente, se yerguen en la misma postura de supremo desdén irónico. Los propios heridos, en medio de sus aflicciones y de sus fiebres, conservan un resto de energía para rechazar indignados las mercedes piadosas con que la benevolencia francesa se empeña en tratarlos. Hay en los *Comentarios*, de César, un famoso retrato, en el cual vemos al guerrero germánico tal cual era en su primitiva barbarie. «Arioviste—dice el conquistador de las Galias—ejer-

cía su poder militar con insolencia, exigiendo como rehenes niños de la alta nobleza y entregándolos a toda clase de torturas cuando los vencidos no se sometían a su voluntad. Era un hombre iracundo, presuntuoso y cruel.» Aun derrotado, en efecto, el terrible guerrero tuvo para César y para Roma injurias y sarcasmos. Y tal cual fué aquel primer enemigo de la cultura latina, queno quiso jamás reconocer la superioridad de sus vencedores ni creer en lo irremisible de su desastre, así es su nieto del siglo xx. Las pieles de animales con las cuales se vestía el cuerpo, han desaparecido. En vez de flechas usa cañones. Para darse un aire refinado lleva un monóculo. Mas el fondo es siempre el mismo: un fondo de altivez indomable y de incurable rudeza. Sus soldados son para él un rebaño de esclavos. Más de una vez, en los primeros días de la guerra, cuando aún los campamentos no estaban organizados por completo, hubo necesidad de encerrar juntos a los oficiales y a sus hombres. Para los franceses, que fraternizan con sus *troupiers*, aquello no tenía nada de singular. Los alemanes llegaron a decir que, si no les separaban de los simples soldados, se suicidarían. En un hospital de Tolosa, poco ha, un capitán de la Guardia prusiana, gravemente herido, notó que en la cama vecina agonizaba un cabo de su compañía. «Que me quiten a ése de mi lado», exclamó. La dama de la Cruz Roja que cuidaba de la sala opúsose con energía a tal pretensión, invocando principios de democracia y de humanidad. «Está bien—concluyó el capitán—; puesto que ése no se va, me iré yo.» Y arrancándose las vendas que envolvían su frente agujereada, trató de morir. «Fué necesario ponerle la camisa de fuerza, como a un loco, para curarlo», escribe el médico que presenció aquella escena. Hay algo de locura, una locura admirable y detestable, en el orgullo del oficial germano. Mientras los reservistas sin galones capturados últimamente confiesan que el ejército ha perdido ya

sus ilusiones del principio, los graduados siguen jurando que están seguros del triunfo final. Uno de ellos pretendía, en octubre, que su regimiento estaba en París, y por más que le hacían leer los despachos de Berlín confesando la derrota del Marne, no era posible convencerle de su error. Un día un coronel inglés le dió su palabra de honor de que no lo engañaban al asegurarle que las tropas germánicas habían retrocedido de nuevo hasta la frontera belga. «Los ingleses—contestóle—no tienen honor.» El sentimiento antibritánico es en ellos un artículo de fe nacional. A los franceses les reconocen arrojo, lealtad, hidalguía, y, lo que vale más, abolengo guerrero. Ante un oficial francés, un alemán se encuentra ante un compañero, casi ante un «kamarada». El recuerdo de las luchas seculares, en las cuales ha cruzado su espada con su eterno adversario, le obliga a reconocerle derechos al respeto de casta. Pero los súbditos del rey Jorge, con sus fuerzas mercenarias, no le inspiran sino desdén. Inglaterra es grande, sin duda. El ejército inglés es, como lo dijo el Káiser, «despreciable». Y resulta inútil discutir con quienes así piensan. El general von Bernhardt, profeta máximo, y el más humilde sargento, dicen hoy lo mismo que ayer: «En Europa no hay más que dos ejércitos verdaderos: el alemán y el francés.» Y agregan, naturalmente: ¡«El alemán es superior en fuerza y en perfección.»

Tal mentalidad, con lo que tiene de grande y de mezquino, en los oficiales prisioneros es más visible que en los que continúan luchando. La desgracia y la humillación, en vez de inspirarles meditaciones desilusionadas, los exaltan. Tratar de conocer por ellos el secreto del alma alemana, sería imposible. Encerrándose, por lo general, en un mutismo altivo, esperan o desesperan, pero no confían sus íntimos pensamientos.

Los soldados, los reservistas especialmente, se muestran más sencillos, más espontáneos, más francos. Los

que tenemos ahora entre nosotros no se hacen de rogar para hablar. Lo primero que en ellos se nota es la sorpresa, mejor dicho, las sorpresas. Hojeando el cuaderno de notas íntimas del sargento, que no es, empero, un ignorante, adviértese el gran engañoso espejismo que en un principio los hacía creerse invencibles. El director del *Journal de Genève* lee en voz alta, traduciendo del alemán:

«Un automóvil francés ha entrado en Alemania llevando mil millones de marcos a Rusia, y nuestros jefes saben dónde será detenido. Las noticias de París son buenas, pues los socialistas han hecho prisionero al Presidente de la República y han quemado las iglesias y los cuarteles. La población espera nuestra llegada para impedir los horrores de la Comuna.»

«Los ingleses apoyan a Alemania en el mar, con la condición de que se les dé el puerto de Amberes.»

«He asistido el 22, 23 y 24 (agosto) a la batalla de Lonwy-Longuillon y San Lorenzo, donde el 5.º y el 6.º Cuerpos se hallaron en presencia de nuestras tropas, mandadas por el príncipe Federico Eitel. Nuestros grupos de Artillería se componen de seis piezas, y tiran por salvas de tres. Los cañones franceses de 75 son el diablo.»

«No tenemos para beber sino agua de mala calidad, y los víveres son escasos. Nuestros camaradas que penetraron en Francia por Bélgica, ayudados por las tropas belgas, tienen mejor suerte, pues se hallan en las puertas de París y tienen vino y comestibles abundantes. Ayer quemamos una aldea, y yo encontré una caja de cobre con algunas monedas en una granja.»

«No podemos saber si nuestras tropas están en París y si es verdad lo que dicen los campesinos de aquí, que pretenden que se han retirado después de la batalla del Marne. Hace quince días que no recibimos noticias: desde el 14 de septiembre; y nuestros jefes no dicen

nada. Lo cierto es que no avanzamos, y los bosques nos encierran por todas partes. La comida es mala y nunca está bien cocida, porque los cocineros de la compañía no se ocupan más que de los oficiales. Lo que nos habían ocultado es que los ingleses están contra nosotros. ¿Quién tiene la culpa de todo? No sé; tal vez todos. O de lo contrario, Ueberhanpt Niemand.»

«Hace cinco noches que dormimos sin abrigo, y el tiempo está frío y llueve. ¡Qué miseria! No adelantamos, y dicen que los rusos han tomado Budapest y que en el Norte todo anda mal. Los jefes tienen aspecto de mal humor y los hombres están cansados y ya no tienen fuerzas materiales ni morales. Se asegura que los ingleses no quieren la paz, pero que nuestro Emperador y el Presidente francés la quieren para evitar tanta desgracia. Las trincheras están llenas de agua. Ayer mandé a Alemania una cajita de metal con otras cositas que he cogido en las casas que quemamos y un uniforme francés de un oficial muerto. Mi familia va a estar contenta. Les he escrito que estamos en Verdun porque me lo han ordenado, pero la verdad es que estamos lejos. Los bávaros son más desagradables desde que ven que todo va mal, y nos tratan de prusianos. No podemos decir nada, porque el coronel es de la misma nación que ellos. Hoy hemos hecho prisioneros al cura y al alcalde de una aldea para ver si los habitantes se deciden a darnos el ganado que esconden, por salvarlos de ser fusilados. En suma: mal. En suma también: las noticias nos inspiran temor de no volver con vida ni con salud a Alemania. Ya no tengo ni una sola moneda de las que cogí en la cajita. Mal, mal.»

Tal es la última página del cuaderno, y lleva la fecha de 30 denoviembre. El general Sarrail sonríe al oírla, y murmura suavemente:

—Ese hombre no sabe que, con su ingenua confesión del robo de la cajita, podríamos mandarle ante un Con-

sejo de guerra... Pero todos son iguales... El saqueo no les parece un delito...

Luego, volviéndose hacia los prisioneros, exclama risueño:

—Bueno; ahora ya pueden ustedes decir que están en las fortalezas de Verdun, y no será mentira.

El sargento saluda muy serio, muy rígido, sin comprender. Sus compañeros continúan mirando con los ojos azules muy abiertos, muy espantados, el grupo extraño que formamos. Y más que su misma situación, lo que sin duda les parece inaudito es ver a un general que sonríe y habla familiarmente con los soldados de la escolta. ¡Qué extraño pueblo debe para ellos ser esta Francia cuyos cañones son «el diablo» y cuyos soldados no son autómatas de hierro!...

## EN LAS TRINCHERAS

3 de enero de 1915.



PENAS hemos penetrado en la vasta cueva que sirve de antesala a las trincheras de primera línea, cuando un soldado, un verdadero «peludo», se coloca ante mí, abriendo los brazos, y exclama:

—¡Usted aquí!

Yo le contemplo y busco en vano entre las malezas de su pelo algún rasgo que me permita reconocerle. La visera de su quepis, lleno de lodo, le cubre los ojos, y una bufanda miserable le llega hasta la boca, que sonríe beatamente.

—Chaumié—me dice él mismo al fin.

¿Chaumié?... Casi no puedo creerlo... Jacques Chaumié, el elegante secretario de Embajada que los madrileños veían, hace apenas seis meses, en todas las fiestas literarias... Jacques Chaumié, el diputado, el hijo del ministro, el exquisito escritor...

—Así somos todos ahora—exclamó al ver mi asombro.

Y echándose hacia atrás la gorra, me deja ver sus pupilas claras y dulces, por las cuales pasan siempre, muy tenues, muy tímidas, las luces de la ironía y de la ternura.

—¡Qué pensarían sus electores si le vieran a usted así!—le digo.

—Mis electores—me contesta—están aquí, conmigo... Todo el país se halla en la guerra... Ya que la casualidad le trae a usted a nuestras cuevas, quiero ser su *cerone*, si mi teniente lo permite... Por aquí..., por aquí...; inclínese usted y trate de no resbalar...

Marchamos por una zanja inmensa, que une las trincheras entre sí. De trecho en trecho un centinela sale a nuestro encuentro de detrás de un «parabombas», y parece todo asustado de encontrarse con un «civil». El teniente hace un signo, Chaumié dice algunas palabras al oído del plantón, y nuestra marcha continúa, sobre todo, cautelosa y lenta. Hay algo de cómico en nuestro paseo de topos. Pero la idea de que voy, al fin, a encontrarme en la primera línea del combate, en el lugar mismo en que se mata y se muere, me emociona profundamente. Por aquí, por este corredor abierto en la tierra, es por donde pasan los heridos a cada instante... En el barro rojo me parece descubrir huellas de sangre... Este punto es el que las baterías enemigas buscan con empeño para «regarlo» de metralla...

De pronto, al volver de un recodo, nos encontramos en un reducto de veinte metros de largo, de un metro de ancho, de metro y medio de profundidad, en el cual algunos soldados acaban tranquilamente de almorzar. El teniente me lleva a uno de los extremos, y veo que detrás de un «parabombas» la zanja continúa y que en la trinchera vecina hay otros soldados.

—Estos «parabombas»—me explica Chaumié—dividen de trecho en trecho las trincheras, de modo que si una granada cae aquí, por ejemplo, sólo mate a estos hombres...

—Muchas gracias—exclama riendo uno de los soldados, con acento meridional.

Como el teniente que me acompaña me ha recomendado que no levante la cabeza, continúo inclinado, sin atreverme a ver lo que pasa en el campo de batalla. No

es deseo lo que me falta... ¿Qué puede haber en ese trágico espacio que los guerreros se disputan con tanta saña?... El mundo entero tiene la vista puesta aquí, donde el juego formidable del Destino está preparando una nueva era, tal vez una nueva Humanidad... Y yo me encuentro en esta cueva, y con sólo levantar la cabeza podría verlo todo, y no me atrevo, por no faltar a la consigna.

Pero, ¿qué es lo que pasa?... Uno de los soldados se pone de pie, saca fuera de la trinchera el busto y, muy tranquilo, limpia su plato de estaño... Luego, otro hace lo mismo... Luego, otros y otros... Y sólo nosotros, Chaumié, el teniente y yo, continuamos doblados en dos, como bajo el peso de las penas del universo entero.

—¿No me permite usted que vea lo que hay fuera?—pregunto.

—No hay nada—me contesta el oficial—. A esta hora la calma es absoluta... Por mi parte, asome usted la cabeza, a pesar de que la orden del coronel, ya usted lo sabe, es formal...

Me pongo de pie, palpitando de esperanza, y busco con mis gemelos de campaña las trincheras enemigas, que deben encontrarse a ochenta metros de distancia... Lo único que descubro, mucho más cerca, es un casco prusiano y un capote gris, abandonados al pie de un haz de paja.

—Un muerto... un centinela—murmura con la mayor indiferencia el soldado que sigue lavando su plato.

Y, en efecto, ahora descubro, entre el casco y el capote, una mancha blanca, que debe ser el rostro, y más abajo, dos manchas, que son las manos y que se recorran, sobre la tierra negra, con una nitidez extraña...

—¿Por qué no lo recoges?—pregunto.

—Sólo por la noche los recogen—me dice alguien.

Luego agrega:

—Éste cayó por la mañana... hace dos horas... El sar-

gento fué el que lo cazó... En vez de esconderse bien detrás de la paja, daba vueltas, como buscando algo...

En la llanura desnuda y gris, el pobre muerto es lo único que hace pensar en la vida. Una congoja inmensa me oprime el corazón, y no sé si es por el hombre que está a treinta pasos, extendido para siempre, o por la indiferencia de los que se hallan a mi lado; pero lo cierto es que mis nociones de moral se desvanecen pronto. ¿Qué es morir, qué es matar, qué es todo lo que en general nos parece lo más grave, lo más terrible? No es nada... Ese alemán vivía esta mañana... Estos franceses viven ahora, y esta tarde Dios sabe si aún vivirán... El sargento que mató, está aquí, hablando con Chaumié...

Es la guerra...

Sí... sin duda... Sólo que yo me formaba otra idea de la guerra, una idea algo loca, algo romántica, llena de ruido, de gritos, de movimiento, de grandes gestos heroicos... Y claro que la muerte, en el tumulto de las batallas, me parecía muy natural. Pero ahora que veo lo que es la existencia de trinchera, con su cautela y su acecho, se me figura que hay algo de feroz en cada día y paro certero.

El teniente me explica lo que es su vida, siempre igual, siempre escondida. Al principio, sobre todo, no había medio ni de comer ni de dormir. Mas, poco a poco, han ido pactándose entre soldados pequeñas tradiciones periódicas, que no por dejar de estar firmadas y selladas son menos eficaces. A las horas de comer, por ejemplo, ya se sabe que nadie debe tirar. Los convoyes pasan a cien pasos de los fusiles; los centinelas salen de sus cavernas; los plantones van a buscar agua a las fuentes. El capitán que en esos momentos quisiera aparecerse del reducto vecino no tendría que hacer un gran esfuerzo. Ninguno, empero, se atreve a tal acto de felonía. Y no siempre es por falta de ganas, pues en

vida de campaña sucede a veces que, mientras en un campo los alimentos abundan, en el otro el hambre se hace sentir. Los alemanes, en este punto, son más desdichados que los franceses. No hay más que leer los cuadernitos de notas íntimas de los prisioneros para darse cuenta de la obsesión que constituye en el ejército germánico la falta de alimentos.

«Llevamos dos días sin comer nada caliente, y la existencia se nos hace insoportable», escriben a cada paso. En cambio, cuando logran darse un banquete de buenas salchichas y de ricas patatas, casi se sienten felices. A este propósito, nuestro oficial, que acaba de pasar un mes en Flandes, en las inmediaciones de los terrenos inundados, refiérenos una sabrosa historieta.

Cierta mañana, un soldado bávaro, que había salido de su cueva en busca de remolachas abandonadas en el campo por los labradores, se equivocó de sendero y fué a dar a una trinchera enemiga. Los *troupiers* lo cogieron por los pies y lo llevaron al reducto, en el cual se encontraba el capitán de la compañía. Éste le preguntó:

—¿Qué andabas haciendo por aquí?

—Buscando algo para comer—contestóle el alemán.

—No es la hora.

—Cierto; pero llevamos dos días sin recibir nada.

El capitán le hizo servir un almuerzo opíparo: carne, huevos, sardinas, queso, café, *cognac* y hasta un cigarro de a diez céntimos. Cuando terminó la fiesta, el capitán exclamó:

—¡Ahora, largo de aquí; ya te hemos visto bastante!

—Es que—insinuó el pobre hombre, contemplando las provisiones abundantes de la trinchera—, es que yo me considero prisionero.

—¡Ah, no!... Nosotros no podemos molestarnos por un solo *boch*... *Márchate*... Más adelante, si te encontramos con todos tus compañeros, te guardaremos... Hay bastantes víveres para un regimiento .. ¡Adiós!

Por la noche, los veinte soldados a quienes el buen bávaro les contó su aventura, fueron a entregarse a la trinchera de las sardinas y del queso. Para recompensarlos, se les dió un magnífico plato de patatas fritas.

—Las patatas fritas—nos dice Chaumié—son nuestro gran manjar, y según el cocinero las hace bien o mal, se le estima o se le detesta. Cuando lo vemos venir por allá, por el Sur, con sus cacerolas, lo primero que nos preguntamos es si nos traerá o no nos traerá nuestra golosina preferida. Lo malo es que, en general, no quiere tomarse el trabajo de freírlas largo tiempo, y al llegar aquí están incomibles. Ayer, nada menos, nos reunimos en Consejo de guerra para juzgar al cocinero de nuestra trinchera, y lo condenamos a la degradación por no saber hacer patatas. Si hoy tampoco nos las trae buenas, lo condenaremos a muerte.

Todo el mundo ríe. Estamos en una trinchera ocupada por meridionales dicharacheros, golosos y fanfarrones. Uno de ellos se ofrece para irnos a buscar el casco prusiano del muerto.

—¡A que no vas!—gritan dos o tres riendo.

—¡Que no voy!... Vaya...

Y de un salto se sienta en el borde de la zanja, con todo el cuerpo al descubierto.

—¡Quieto!—ordena el teniente—. Ya sabes que esta es la hora en que no se tira... No hay que darse tono...

Estamos en plena tregua, en efecto. Detrás de unas zarzas secas, que se hallan a cincuenta metros delante de nosotros, se nota un movimiento confuso y vaho de sombras grises. La llanura parda, que Chaumié compara a los campos de Castilla, parece animarse misteriosamente con una vida subterránea. De vez en cuando, en los intrincados meandros de las trincheras, un quepis rojo aparece, una bayoneta luce, un brazo se agita, una caja vacía de conservas sale volando por el espacio...

Hasta las dos de la tarde puede todo el que quiere mostrarse impunemente, sacando el pecho fuera.

—Cuando están más cerca las zanjas enemigas, como allá ¡hacia el Oeste, ¿observa usted?, entre las matas aquéllas—me dice el teniente—, no es raro ver a un alemán acercarse hasta el borde del foso para pedir un poco de tabaco o una cerilla. Los nuestros les pagan sus visitas con pretextos iguales. Y cuando, por casualidad, hay alguien de aquí que hable alemán o alguien de allá que hable francés, los coloquios llegan a tomar formas amistosas. Hace poco, las relaciones habían acabado por hacerse tan cordiales entre dos trincheras, que un capitán alemán pidió a sus jefes que cambiaran a sus hombres de sitio. Antes de marcharse, los alemanes dijeron a los nuestros que tuvieran cuidado con los que iban a llegar a reemplazarlos, pues eran prusianos que venían de la frontera rusa, y no conocían las «costumbres francesas». En general, los soldados alemanes traen una idea algo diabólica de nuestras tropas. Para llegar a inspirarles confianza hay que hacer esfuerzos inauditos. A todas las proposiciones que se les dirigen contestan: «No tenemos confianza.» Pero, eso sí, cuando llegan a tenerla, son como niños, curiosos y alegres... Nosotros detestamos a los oficiales, por lo crueles y orgullosos; pero no a los pobres soldados, que son heroicos y que son inteligentes en el fondo, aunque no lo parecen.

Dice el general von Klück, no sin cierto orgullo, que los franceses han aprendido de los alemanes, en los cuatro meses que llevan luchando, las grandes virtudes militares. En efecto: duramente escarmentadas por las vanas hazañas de los primeros días, las tropas republicanas ya no se lanzan, al son de los clarines, a las locas cargas a la bayoneta, sino que luchan, pacientes y tenaces, decididas a no despilfarrar sin necesidad el heroísmo. Pero los imperiales, a su vez, han adquirido, en el trato



diario de las trincheras, algo de la espontaneidad y de la malicia de sus adversarios.

—Si no se pasaran la vida temblando ante sus oficiales—decía hace poco un *pioupiou* parisiense—, los pobres *bochs* serían más alegres.

Cuando se hallan en presencia de los capitanes de monóculo, es cierto que ninguno de ellos se atreve a mostrar la menor iniciativa. Pero hay que verlos en los lugares en que se encuentran solos con sus sargentos. Lo primero que necesitan es hablar con los franceses, oír su voz, ver sus rostros, y, para ello, establecen, por medio de intérpretes, verdaderos parlamentos, que ponen las bases de una especie de fraternidad de armas. Los franceses les traducen los periódicos de París. Los alemanes, al oír hablar de reveses, se ponen serios y callan. Mas los que llevan ya algún tiempo en los campos del Aisne, acaban por aprender a reír aun en los trances más duros. La buena Francia, heroica, ligera, elegante y suave, les da la lección de que más necesidad tienen.

—Los soldados—me dice Chaumié—aprenden a reír, a ser espontáneos, a no vivir como autómatas... A veces llegan a mostrarse tan joviales y tan nobles, que nos inspiran a todos respeto... No así los oficiales... ¡Ah, no!... Esos son impermeables... Ni oyen, ni ven, ni entienden... Con un orgullo forjado por Krupp, viven y mueren sin haber jamás experimentado la inmensa dulzura de hablar a solas consigo mismo y de oír las voces de sus propias almas... Por eso nosotros somos mucho más amables con los soldados que con los oficiales prisioneros... A los oficiales se les trata estrictamente como lo mandan los reglamentos, mientras que a los soldados se les recibe lo mejor que se puede... Y los soldados lo saben, y nos lo dicen, y nos lo agradecen... Hace pocos días, en las inmediaciones de Saint-Mihiel, donde las trincheras se encuentran a veinte metros unas de otras, nuestros compañeros estaban indignados de la grosería

con que un teniente prusiano trataba a sus hombres. A cada instante su voz chillona oíase cubriendo de improperios a todo el mundo. Unos cuantos parisienses, dispuestos a vengar a sus adversarios de tan malos tratos, decidieron matar a aquel teniente, sin hacer daño a los soldados. Una noche escribieron en un papelito: «Mañana, a las cuatro de la tarde, no saquéis la cara, por más que oigáis; dejad a vuestro teniente que se entere solo de lo que pasa.» Al día siguiente, a la hora dicha, los dos mejores tiradores de nuestra trinchera tomaron sus fusiles, mientras los parisienses representaban la comedia preparada de antemano.

—¡El general Joffre!—exclamó uno.

—¡Es ciertol—gritó otro.

—Allá viene, a caballo—clamaron todos—. ¡Viva Joffre!... ¡Viva Joffre!...

El teniente alemán asomó la frente para ver lo que pasaba, y dos balas lo hirieron mortalmente.

—Ya no os molestará más con sus groserías—dijeron los franceses a sus vecinos.

Una voz gutural y franca contestóles:

—Gracias.

Todo el mundo estaba contento.

Hay otras ocasiones en que todo el mundo está triste, como cuando algún soldado que se ha distinguido por su arrojo sucumbe en un ataque. Entonces, amigos y enemigos se ponen de acuerdo para honrar su memoria a la manera primitiva y enternecedora de la vida de campaña. En los campos del Marne más de una vez hemos visto, al pie de una tumba alemana, un ramo de flores silvestres. Aquí, sobre los cadáveres de los buenos jefes y de los bravos soldados, las preces de uno y otro país se confunden.

—¡Pobre *beugre!*—acaba de decir un meridional, contemplando el cadáver—; si los cuervos se acercan para sacarle los ojos, los espantaremos a tiros.

¡Pobre *bougrel*... Es la gran oración del campo de batalla...

El domingo pasado, muy de mañanita, un observador francés que se hallaba en un puesto avanzado, a treinta metros del enemigo, notó en la trinchera de enfrente una animación inusitada. No eran veinte alemanes, como de costumbre, los que ahí se escondían. Eran ciento; tal vez más. Y todos hablaban a la vez, todos repetían las mismas palabras, todos parecían inmóviles. Lleno de curiosidad, el observador arriesgóse algunos pasos en descubierto y llegó, arrastrándose en el fango, hasta un lugar desde el cual se veía perfectamente lo que pasaba en el reducto misterioso. De pie, un sacerdote protestante recitaba los Oficios, y a su derredor un núcleo compacto, compuesto en su mayoría de oficiales, repetía las santas palabras con fervoroso acento.

—¡Vais a ver cómo ayudan a misa nuestros cañones!—pensó el francés, volviéndose a su escondite, desde el cual indicó, por el teléfono, a las baterías lejanas, lo que pasaba. Hubo un minuto de silencio. Luego una voz enérgica dijo al oído del observador:

—El capitán no quiere que interrumpamos la misa de los *bochs*... Cuando acaben de rezar, llámanos de nuevo.

Un cuarto de hora más tarde, al terminar el Oficio, una salva de granadas cayó sobre la trinchera. Entonces el francés, que se regocijaba en el fondo de su alma contemplando la hecatombe, vió una cosa que le causó espanto. En medio de los cuerpos destrozados, el pastor, con un brazo arrancado de raíz, con el rostro lacerado por la metralla, sacó la cabeza de la trinchera y, dirigiéndose al campo enemigo, exclamó en alta voz:

—¡Que el Señor os perdone!

Y cayendo sobre el montón ensangrentado, quedóse para siempre inmóvil.

—¡Pobre *bougrel*!—murmura el artillero que nos re-

fieri esta anécdota—. ¡Aún lo veo con su cara de fantasma!...

Chaumié, enternecido, me dice la gran hermandad que reina entre los soldados.

—Todo lo que hay de bueno, de noble, de generoso, de heroico, en el alma francesa—exclama—se ve ahora...

Recostado en el parapeto de la trinchera, mi amigo el *troupiér* diputado contempla largamente la llanura desolada que se extiende hasta el infinito sin un bosque, sin una aldea, sin nada que hable de vida, de alegría. Estamos en los siniestros Campos Cataláunicos, a pocos kilómetros de Auterive, en pleno desierto...

—¡Tristes lugares!—murmura alguien.

Pero Chaumié contesta:

—Tienen una belleza mística, como la de Castilla, y seguramente no hay tierra en el mundo más digna de servir de tumba... En ciertos paisajes de la isla de Francia, que parecen fondos de églogas, la idea de la muerte resulta insoportable e inaceptable. No se puede morir en un parque trazado por Le Nôtre... Aquí, en cambio, en estos yerros creados para el dolor, para la tragedia y para la penitencia, en estos campos que la planta de Atila ha secado para siempre, bajo este cielo gris y hostil, la vida no tiene ningún precio... Morir o vivir, ¿qué importa?... Si alguien me hubiera dicho hace apenas seis meses que un día me había yo de encontrar entre una tempestad de granadas, viendo caer a mi derredor a mis paisanos, y que ni siquiera me levantaría del lugar donde me encontraba expuesto a la más horrible de las muertes, no lo hubiera creído... Claro que no... Hay una mentalidad especial en tiempos de guerra... Y eso que nuestra guerra no se parece a las de antaño... ¡Ah, los prusianos!... Ellos han sido los que, en su locura de retroceso, nos han llevado hasta el fondo de las edades, convirtiendo la guerra en una operación subterránea y salvaje, sin ninguna grandeza, sin ninguna elegancia... ¡Y pensar